

Tribuna abierta

Juan y Flavio

POR Iñaki Anasagasti



Dos Ajuriaguerra, dos personas increíbles a recordar, como tanta gente valiosísima con ideales a la que hoy pocos conocen porque es mejor lo superficial y el espectáculo que dar a conocer a los verdaderos motores del nacionalismo

LA Fundación Sabino Arana, que acaba de cumplir treinta años, organizó el pasado día 13 un merecido homenaje al comandante de gudaris Vicente Eguía y otros tres milicianos vascos, caídos en la Batalla del Ebro hace ahora ochenta años. El bilbaino Eguía, capitán del Kirikiño y preso en Santoña, fue canjeado con cuarenta compañeros, entre ellos el navarro Estornés Lasa y el donostiarra Joseba Elosegui, y de allí fueron a seguir la lucha en primera línea en el Ebro, cayendo Eguía el 15 de octubre en Camposines. Ante aquello, Manuel de Irujo, ministro de la República, propició la celebración de un funeral religioso de Eguía en Barcelona, con cortejo por las calles, para demostrar que se respetaba la libertad de culto. Un hecho, como se ve, con muchas lecturas y gran repercusión que fue recordado la semana pasada en los lugares de la batalla y de la caída de Eguía por cuarenta personas que fueron en autobús desde Sabin Etxea y que agradecieron la hospitalidad catalana en la cota donde se colocó una placa y se glorió la entrega de gentes con ideales. Hoy en día, estos hechos deberían ser obligatoriamente promocionados ante la superficialidad y el egoísmo de la actual política del espectáculo que vivimos. Y es que los muertos mueren de verdad cuando no se les recuerda y es de justicia traer al hoy estas cosas, como ha hecho la Fundación, aunque para algunos, como decía Pujol del Concierto, son antiguallas y batallitas. No les verás nunca en actos similares, nunca en una conferencia, en un acto de remembranza histórica, en un homenaje... aunque sí en todos los saraos. Es muy

lamentable y se aprovechan de que ya no viva Ajuriaguerra, pues escucharían más de un impropio y una verdad. Hablando de Ajuriaguerra, este agosto se han cumplido cuarenta años de su fallecimiento en Aiegi. Era entonces diputado a Cortes y murió muy poco antes de aprobarse la Constitución y de organizar el PNV una gran manifestación contra ETA, la primera de la historia, el 28 de octubre. Quizás EAJ/PNV hubiera sido otro si el pequeño Dollfuss, como algunos le llamaban, se hubiera quedado en Baiona y no hubiera querido correr el destino de miles de gudaris, tras la traición de Santoña. Aquella imagen tan plástica del sorteo que él organizó para decidir qué burukides se quedaban y quiénes se marchaban, en el cañaveral de la playa de Laredo, habiendo dicho previa-

mente que él no entraba en el sorteo, es una de las glorias históricas del PNV que marcan un hito. Condenado a muerte, salvó la vida por presión de los mismos italianos que lo habían traicionado pero estuvo 888 días con la espada de la muerte sobre su cabeza. Del Dueso a Larrinaga en la bodega de un carguero, de Bilbao a Burgos en un vagón de tren como el ganado. De esta prisión lo querían llevar al Alcázar de Toledo para su reconstrucción, ya que era ingeniero, y les sacó la Convención de Ginebra. Al negarse, lo mandaron a la cárcel de Las Palmas, donde organizaba debates con los anarquistas negándose a que le visitara el obispo Pildain, que había sido diputado de la minoría vasco-navarra en 1931. Un tipo de una pieza que tras pasar por Huarte se enclaustra en casa de los Valdés en Donosti y de allí dirige la Resistencia y dos huelgas generales, trabaja sin rostro, cambia de casa, monta con su hermano Flavio una red con los ingleses y funciona de noche con cuatro secretarios —Mitzelena, Solaun, Elosegi e Iradi—, manteniendo la lla-

ma de una organización e impidiendo que se cayera posteriormente en la lucha armada al calor de las revoluciones de Argelia y Cuba: "Por ética, por el no matarás, y porque se sabe cómo se empieza pero no cómo se termina". Mandón, cuando muere Aguirre inesperadamente en París, coge el tren y se presenta en la Delegación y habla con el consejero Nardiz para que propusiera a Leizaola como lehendakari, ante el intento de acabar con el Gobierno vasco en el exilio, como había hecho Traradellas y querían los socialistas.

Juan fue el mayor de una familia de cinco hermanos, formada por él, Flavio, Julián, Marina y Rosario. Julián, desde Ginebra, fue una referencia mundial de la siquiatria infantil y Flavio, el activista más ingenioso que se podía encontrar en aquellos tiempos de clandestinidad. La foto que ilustra este trabajo está sacada en la cárcel de Burgos y nadie sabe cómo pudo entrar en ella y sacarse esa fotografía con su hermano ni de dónde sacó la corbata. Según Eusebio Zubillaga, su directo colabo-



rador, su principal misión, que supo llevar perfectamente, consistió nada menos que en tener informado de forma prácticamente regular al mariscal de campo y vizconde Alambrooke, jefe del Alto Estado Mayor del ejército británico, su mejor estratega y el auténtico arquitecto de la victoria sobre la Alemania nazi. Las informaciones las recibía Flavio a través de una red organizada por él personalmente. Enviaba los informes a Madrid, desde donde un avión británico los hacía llegar a su destino. Flavio llegó a convertirse en agente principal con el nombre clave de Robin (petirrojo). Quien nos habló mucho y con admiración de él fue su jefe en el MI6, Pat Dyer: "Era como un ratón. Calladito, discreto. Le veías y no le veías. Siempre iba con una gabardina, era pequeñito y delgado y entraba en el consulado como escondido y se quedaba en una esquina. Era un hombre muy eficaz, inteligente y discreto". Uno de los hombres de Flavio fue Timoteo Plaza, un baztanés que pasaba de todo a través de su red pirenaica de contrabandistas. Una vez llegaron a mandar a Francia un fichero de la Gestapo y, en otra ocasión, una radio. En cierta oportunidad y como no tenía con quién mandar información secreta a Madrid, se la dio al ciclista Dalmacio Langarika, que se fue pedaleando a llevarla. Y en otra ocasión, al notar que le seguía la policía, se fue andando hasta Galdakao.

Enfermo de Ela en 1944 y ante su pronta muerte, el jefe del servicio, Pat Dyer, le gestionó una medalla del Imperio Británico en reconocimiento a sus servicios. Flavio puso como condición para aceptarla poder reseñarla en la esquila. Dyer consultó y los pusilánimes ingleses le dijeron que no. Preferían no incomodar al franquismo que honrar a la gran persona que tan bien les había servido. Y Flavio, muy digno, les dijo que no la aceptaba. Aquellos ingleses eran como los actuales y como el actual consulado. Solo tienen intereses y ni el menor gesto de reconocimiento a quien tanto se había arriesgado y tantas penurias había sufrido. Los actuales tienen como asignatura pendiente honrar y recordar a aquella red que trabajó para ellos y la democracia y que posteriormente fue por ellos traicionada, como habían hecho antes los italianos.

Juan y Flavio, dos personas increíbles a recordar, como tanta gente valiosísima que tenía ideales y que hoy tan pocos conocen porque siempre es mejor lo superficial y el espectáculo que dar a conocer a los verdaderos motores del nacionalismo para lograr una sociedad de valores y principios, algo tan anticuado y de tan poco rédito en los tiempos que vivimos.

Sin gente así, EAJ/PNV no tendría 123 años. ●